



COMUNICADO DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE GUATEMALA

VEN, SEÑOR, Y RENUEVA TODAS LAS COSAS.

Los Obispos de Guatemala, unidos a nuestros hermanos de las naciones centroamericanas hemos realizado en estos días la reunión anual del Secretariado Episcopal de América Central. Como es nuestra tradición nos hemos escuchado unos a otros como pastores de estos pueblos y con un solo corazón y una sola alma hemos contemplado el dolor de tantos hermanos de la región: sus sufrimientos y penas, sus sueños hechos pedazos por la Pandemia, los desastres naturales y la pobreza creciente, el constante drama migratorio regional. Junto a estos males, advertimos la lamentable y persistente corrupción administrativa, la creciente falta de confianza en las instituciones y sus funcionarios, el mal ejemplo de desinterés real por el bien de nuestras naciones. Todo esto suscita incertidumbre y desánimo al pensar en la dureza del futuro que espera a la mayoría de los jóvenes y los niños que habitan esta Patria Grande centroamericana.

Pero hemos contemplado también el testimonio de generosidad, de solidaridad y caridad cristiana de tantos hacia las muchas víctimas de las tormentas tropicales Eta y Iota y de la aún vigente emergencia sanitaria de la Pandemia. Por ello, nos hemos dado ánimo, unos a otros, y hemos reafirmado nuestras opciones pastorales para vivir nuestro compromiso de profecía y servicio con un profundo espíritu de esperanza y solidaridad.

Y es con este ánimo fraternal que en Guatemala dirigimos todos este mensaje surgido de nuestro deseo de servicio a la vida, la verdad, la justicia y su fruto la paz: todas aquellas realidades que hacen parte del Reino del Dios que viene y hacen nuevas todas las cosas (*Apocalipsis 21,5*).

1. Vivamos este Adviento como tiempo de esperanza:

El próximo domingo iniciaremos el tiempo del Adviento de un año fuertemente marcado por las sombras de tantas formas de sufrimiento y confusión. Nos parece evocar aquella tensión que se vivía en Israel en la esperanza de la llegada del Mesías: “Le preguntaron: Maestro, ¿cuándo sucederá eso? ¿Y cuál será la señal de que todas estas cosas están para ocurrir?” (*Lucas 21, 7*).

Ellos se referían a la destrucción del templo anunciada por el Señor. Nosotros ahora, en este tiempo de la Pandemia y en el contexto nacional tan lamentable en el que estamos, experimentamos la tentación de preguntarle al Señor: “Señor, ¿nos has abandonado? ¿te has olvidado de tu pueblo? (cf. *Salmo 79,1ss.*), sabiendo que la mejor pregunta, la que nos conduce a la esperanza y al compromiso, debería ser: Señor, ¿qué nos quieres decir y qué nos invitas a vivir con todo lo que hemos experimentado en este año 2020?

Creemos que interpretar la historia desde la fe en Cristo Jesús es una tarea que no termina nunca y que en cada etapa de esa historia humana adquiere sentidos diversos, parciales, nunca absolutos porque el Único Absoluto es Dios. Así lo reafirmó el Señor: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”, (*Lucas 21, 33*).

De esta promesa surge la afirmación del Apóstol Pablo que debe animarnos y sostenernos: “Nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia, la paciencia virtud probada; la virtud probada esperanza y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”, (*Romanos 5,3-6*).

Que, junto a las duras experiencias de este año, la causadas por los males naturales pero también por las generadas por el pecado personal, comunitario o social, no deje de resplandecer la presencia cercana de Aquel que es nuestra esperanza, Cristo el Señor, (cf. *1Timoteo 1,1*).

2. Que nuestra esperanza esté movida por el amor y la solidaridad:

De esa esperanza nos habla el Papa Francisco cuando ha escrito: “Invito a la esperanza, que nos habla de una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano, independientemente de las circunstancias concretas y los condicionamientos históricos en que vive. Nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda. De elevar el espíritu hacia cosas grandes, como la verdad, la bondad y la belleza, la justicia y el amor”, (*Encíclica Fratelli Tutti 54*).

Si el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, como lo afirma la Palabra de Dios (cf. *Romanos 5,5*), la consecuencia lógica y contundente para nosotros es derramar ese amor hacia los empobrecidos, los necesitados, los que perdieron sus casas, sus terrenos, sus seres queridos, los desempleados, los hambrientos, los enfermos sin medicinas, los que no tienen acceso a los servicios públicos de salud, hacia los presos, hacia los migrantes. Por la Pandemia y por las catástrofes naturales, así como por la lamentable acción humana, el número de estas categorías de personas se ha aumentado de modo increíble y doloroso.

Hermanos y hermanas, en el nombre del Señor Jesús les urgimos a vivir ese amor en relaciones fraternas, asumiendo las actitudes del Buen Samaritano ante el hombre herido del camino: “Lo vió, se compadeció, vendó sus heridas”, (cf. *Lucas 10, 25-37*).

3. Adviento: oportunidad para renovar en Cristo toda nuestra vida personal, familiar, social:

En palabras del Papa Francisco y haciendo eco de lo que en otras ocasiones hemos escrito, proclamamos ahora: “El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites que despertó la pandemia, hacen resonar el llamado a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestra sociedad y sobre todo el sentido de nuestra existencia”, (*Fratelli Tutti* 34). Estas afirmaciones valen para todos, pero de modo muy especial valen para quienes son ricos, tienen influencia política, responsabilidades empresariales, líderes sociales y especialmente para las familias, lugar en el se aprende a vivir al estilo de Jesús.

El Adviento cercano y la Navidad futura serán vividos este año 2020 con una necesaria sobriedad y responsabilidad por las situaciones ya indicadas, y serán por lo mismo tiempo de esperanza y oportunidad de renovarnos en la justicia y la solidaridad. Estos valores necesitan ser alimentados y sostenidos por la oración, individual y familiar, por la reflexión de la Palabra de Dios y cuando las circunstancias lo permitan en la participación eucarística.

María Santísima, Mujer de esperanza y amor, ruega por nosotros. Mártires de Guatemala, intercedan por nosotros.

Guatemala de Asunción, noviembre 27 de 2020.

+Gonzalo de Villa y Vásquez SJ
 +Gonzalo de Villa y Vásquez SJ
 Arzobispo Metropolitano de Guatemala
 y Presidente de la CEG

+A. Calderón e.
 +Antonio Calderón Cruz
 Obispo de Jutiapa
 y Secretario General de la CEG

